PATAGONIA LEE

Lecturas que laten desde Neuquén

Hernán Lasque

PÓSTER

noviembre 2021

Neuquén
Ministra de Educación y Presidenta del Consejo Provincial de Educación
Prof. Cristina Storioni

Director Provincial del CEDIE y Referente Plan Provincial de Lecturas
Bibl. Iván Nicola

Director General de Asistencia Técnica y editor del Centro Editor
Tómas Watkins

Maquetación a cargo de la Dirección General de Comunicación y Protocolo del Consejo Provincial de Educación del Neuquén.

Presentación

En el marco del Plan Nacional de Lecturas, las y los referentes de las provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, La Pampa y Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, nos reunimos para configurar un Plan Regional que integre la literatura de estas latitudes a través de sus representantes.

De este modo nace **Patagonia lee.** Un programa que busca generar espacios de socialización y difusión de las prácticas vinculadas con la literatura regional. La actualización del debate en torno a las producciones de nuestra región literaria y su correlato en acciones concretas de inclusión de la literatura patagónica en los recorridos de lectura de docentes, bibliotecarias, bibliotecarios y estudiantes, es nuestra premisa.

PÓSTER
Hernán Lasque

El ancho palmo de luz que se proyecta a través de los vidrios revela pelillos suspendidos en el aire; la repentina sequedad en su garganta le induce un involuntario carraspeo. El salón está impecable; pocos pelos en el piso caídos de la gris cabellera de una anciana señora se reparten en la superficie de manera despareja.

De las paredes cuelgan retratos de actores y actrices de otro tiempo, diferentes modelos de corte. Hay también un artefacto de esos que le hacen fantasear teletransportaciones: un casco anaranjado con un acrílico azul transparente como visera, mediante el cual tanto puede ser abducida la persona que allí introdujere su cabeza, como acaso verse víctima de algún jíbaro y salir con el cráneo reducido del salón de belleza. Pero como de ninguna manera es esto una ficción científica, nada de ello es posible; conllevaría un excedente mencionar que todo transcurrió sin fricciones propias del género, puesto que ninguna partícula fue desmaterializada en aquella peluquería común y corriente de un barrio al borde de una ciudad cualquiera.

La señora que acaba de concluir el turno se pone de pie y su nubecita de pelos parece orbitarle el cuero cabelludo. Una membrana de raíces capilares finísimas. Toma un espejito de mano, evalúa el corte en la nuca y da su afirmativo veredicto con un: Regio, Eduardo, al tiempo que chasquea la lengua como si un filamento rebelde le molestara entre los dientes teñidos por el rush. Él, que hojea sin interés una revista, si mirara hacia la ventana vería por el reflejo cuándo la señora saca su dinero, paga, aprieta suave las manos del peluquero y por fin se dispone a retirarse.

—Que tenga una linda tarde, la espero el mes que viene— despide, amablemente, el peluquero. Al dirigirse a la puerta, que se encuentra justo al lado del sillón donde él está sentado, cruzan las miradas. Ninguno de los dos, el menor gesto de saludo.

El peluquero —Eduardo su nombre, lo dice el cartel pintado en la vidriera: Eduardo Coiffeur, y acaba de escuchárselo decir a la señora— lo invita a ocupar la butaca. Almohadón plano, cuerina roja y bordes con una borla de perlitas de tela negra. El calor del culo de la vieja permanece intacto. Se cuida de no tocar con su pierna directamente el plástico, no hacer contacto con su piel sino que sea el jean de la bermuda lo que se apoye. La menor agitación en el ambiente y tendría a la señora incrustada en la garganta. Le sobreviene otro carraspeo. Contrae los hombros y en acto reflejo toca la punta de su nariz.

De un cajón del modular, Eduardo Coiffeur extrae una capa de raso bordó y con despliegue acampanado le envuelve los hombros para disponerlo a la sesión. Él, tímido y astuto, siente el abrojito que cierra la capa en la nuca, y la suave opresión de la tela que lo viste, el raso en los muslos y, gradualmente, adherirse a las pantorrillas. Desea que todo fuera nuevo para él; el peine, la tijera, el gran espejo. No obstante, debe contentarse con una ligera limpieza a los elementos y con ver su rostro en el mismo lugar en el que se reflejaba el de la señora.

El peluquero se mete en un baño, al fondo del salón, enfrentado al espejo. La puerta queda entreabierta. Al costado hay otra que está cerrada. Mientras aguarda, observa a su alrededor y compone un inventario mental: tres tijeras sobre un paño negro, dos navajas, un cepillito blanco, tres rociadores, un talquero muy pituco, dos maquinitas y otros utensilios propios del oficio y el espacio; un televisor, una pequeña radio y revistas con fotos de diferentes cortes para hombres y mujeres.

Secándose las manos con una toallita descartable, Eduardo Coiffeur vuelve al centro de la escena. Suenan sus pasos a mocasines, a taco y media suela. Se detiene detrás suyo; estira el brazo por sobre su hombro derecho y toma un spray para humedecerle el pelo. Lo despeina ligeramente con los dedos. Instantes después, sobre su cabeza, escucha el shhk-sksk-shhk-sksk-shhhk laborioso de la tijera y el peine.

En el espejo todo sucede a la inversa, no alcanza a entender de qué lado siente los tijeretazos. Juntando peine y tijera en una de sus manos, vuelve a batirle el pelo con la otra. Luego va hasta la ventana y entrecierra la persiana diciendo el sol a esta hora no se soporta.

—¿No te molesta, verdad?— agrega sin esperar respuesta. Él aprovecha para borrarse una obstinada picazón en la nariz.
—Tenés cara de estar molesto— dice y prosigue con el corte. No habla a un volumen normal, sino más bien bajo, sin mover mucho los labios, como si en la pieza contigua al salón alguien no debiera escuchar demasiado.
—No creo que seas tímido— retoma, —¿te sentís incómodo? ¿Prendo la tele? ¿Música? ¿Qué te gusta?
—Así está bien— responde.

Mira en el espejo el color de la capa, el raso bordó envolviendo sus rodillas. Se encuentra los ojos, serenos, los labios sellados, el semblante sensiblemente diferente. El pelo, húmedo y frío, contrasta con el calor en la frente. Eduardo Coiffeur estrecha la distancia y le apoya su pelvis en el antebrazo. Él lo retrae sin brusquedad y seca debajo de la capa la palma de su mano en la bermuda que lleva puesta

Sus pensamientos, como una bola de flipper, entrampan cada movimiento del peluquero. Evita verlo. Lo adivina. Se mira al espejo como buscando una fuga interna. El retiro a un recuerdo es una técnica que lo ayuda para evadirse cuando se siente desordenado. De la calle vienen pocos ruidos, un auto que acelera, un caminante por la vereda, el trinar de un pájaro siestero. De pronto ve algo que anteriormente no había reparado; la puerta de entrada al salón es de vidrio esmerilado color verde.

Con el efecto del sol detrás y el afuera y los árboles y las irregulares sombritas moviéndose, el verde lo derivó caprichosamente al recuerdo de la accidentada búsqueda de una luz de este color en un campamento de estudiantes en las sierras de Unquillo en Córdoba. Se disputó en aquella ocasión una competencia nocturna consistente en encontrar luces y sonidos que los líderes

del campamento, escondidos en el monte, movían de un lado a otro en la oscuridad.

Se conformaban grupos que al mismo tiempo salían disparados con una lista de lo que debían ir hallando respetando su orden: una luz blanca, una roja, una verde; un silbato, una lata, elementos que los líderes del campamento manipulaban a su antojo. Ganaba el grupo que la completara primero; la luz verde fue la última en la lista que a su grupo le había tocado: se apagaba y reaparecía en otro sitio. Volvía a desaparecer. Trepando con su grupo llegaron a una capilla, una cripta de base circular en la que tres péndulos operaban como sismógrafos. Entraron dos del grupo con él, pero salieron enseguida ya que se les había advertido que no debían ingresar y mucho menos por la noche. La capilla, construida un siglo antes por una orden jesuita, había sido cerrada tras la súbita migración de sus integrantes. Los pobladores de la sierra cuentan que, durante la noche, los frescos que recubren la bóveda se desprenden de las paredes. Se detuvo a mirar las figuras pintadas, ninguna se movió. Afuera, la luz verde había vuelto a brillar unos metros más arriba y allí se dirigió el grupo. El brillo verde, escurridizo en la oscuridad, volvió a ocultarse esta vez a escasos metros de donde él se encontraba. Dio largas zancadas entre los pastos altos sin quitar los ojos del lugar donde la luz se había apagado por última vez. Exaltado, sólo vio el alambre de púas cuando le rajó la carne en el pecho.

Sangró de a chorros y cayó a tierra. De espalda en el pasto, sintió las voces de sus compañeros como en retirada y comprendió que se estaba desvaneciendo. Reaccionó más tarde en una salita pegada a la capilla. Las paredes eran celestes. Al despertar, una chica que limpiaba la sangre derramada en el piso, sin proponérselo, lo animó a sonreír.

—Voy a rebajar un poco más a los costados— irrumpió el peluquero, —acá ¿te parece? Y se apoya sobre su brazo nuevamente, esta vez cerca del hombro.

Él no se mueve. Recibe el impune desplazamiento del hombre en su pequeña espalda. El peluquero continúa con los retoques del corte y se detiene luego

delante suyo. Le hunde los dedos en el pelo. Dice que tiene mucho y muy buen cabello. No dice pelo, dice cabello, piensa él, con la nariz a la altura del cinturón que sostiene el pantalón pinzado, beige, del peluquero que ahora toma un cepillo blanco de blandas cerdas, le levanta con dos dedos el mentón y repasa, suave y gentil, el cuello cuidando eliminar todos los pelillos pegados a la piel. Por último, con una toallita en cada mano, mete la yema de sus dedos haciendo un diminuto movimiento circular hacia el interior de las orejas. Sus ojos se han detenido ahora en su propio pelo disperso en el piso… La imagen lo lleva de vuelta a Unquillo, al momento preciso del despertar de la anestesia y el shock, a la habitación celeste, a los tres péndulos de la cripta, al oscilar entre el recuerdo y el presente real frente al espejo, entre el reflejo y la intimidad de su pensamiento, viéndose la propia cara en el instante en que cruje la tijera y la mano húmeda de Eduardo Coiffeur lo toma del maxilar inferior, firme y blandamente unos segundos, para retocar el contorno de las orejas.

Al amparo de la capa, busca la cicatriz de los alambres de púas. Toca con su dedo la piel lisa de ese gusano en el pecho, ese corpúsculo de imprecisa sensibilidad. Son los pensamientos y el tiempo los que oscilan. Las tres tijeras están otra vez prolijamente ubicadas sobre el paño negro. El peluquero frota una, dos, tres, cuatro veces su navaja en una faja de cuero. Remarca las patillas y el contorno en la nuca. Lo ve buscar el espejito de mano. La huella encremada de la vieja sigue en el mango. No puede evitar olerlo cuando el peluquero lo ubica en diferentes posiciones para que pudiera verse. Huele a pomada, a resbaladizo.

—Mirate atrás ¿te gusta? ¿Te parece bien?
—Así está bien— son sus tres palabras.
—Perfecto— celebra el hombre viéndolo a los ojos en el reflejo mientras deja el espejito paleta en su sitio. En el mismo movimiento, al traer hacia sí de vuelta el brazo, detiene y apoya la mano en el hombro del joven. Se miran a través del espejo; él desvía la mirada, el peluquero se retira nuevamente al baño a lavarse. La puerta queda entreabierta. La de vidrio verde a la calle y la otra permanecen cerradas. Se escucha el desparejo sonido del agua golpean-

do las manos y la loza. Por fin la otra puerta parece abrirse, pero nadie asoma aún tras la mano en el picaporte, una mano fina y sin pelos que se oculta en silencio.

El peluquero está detrás de él otra vez. De la puerta, la mano y la voz femenina que se anuncia con un suave permiso, emerge:
—Natalia, mi colaboradora— anuncia el hombre. —Espero volver a verlo pronto, joven— termina diciendo y desaparece por donde acaba de ingresar Natalia.

Natalia barre los pelos del piso, los acumula en una palita de plástico celeste y lo deja todo en un rincón. En tres pasos se para frente a él, sonríe por cortesía y rodeándole el cuello con sus brazos, desprende en la nuca el abrojito de la capa. Huele a chicle de uva.

HERNÁN LASQUE

Nació en Concordia, Entre Ríos, en 1977. Narrador y poeta, desde el 2004 reside en la ciudad neuquina de Plottier. Publicó los libros *Ratón blanco* (Colisión libros, 2009), *Lizeta* (Colisión libros, 2012), *Lamen* (Buenos Aires Poetry, 2017), *Maratón dromedaria* (Leviatán, 2020), *Tres andariveles* (Lo hago como puedo, 2020), *La casa un tiempo equis* (2021), *Si no late* (Colisión libros, 2021). Integra importantes antologías, entre las que se destaca *Atlas de la poesía argentina II* (EDULP, 2018), *Antología Federal de Poesía Región Patagonia* (CFI, 2014).

Con el cuento **Póster,** Hernán Lasque representó a la provincia del Neuquén en la edición de octubre de 2021 del programa Patagonia Lee, puesto en práctica por los Planes Provinciales de Lecturas de la Patagonia. El encuentro de octubre se denominó **Tierra de Cuentos.**

Compartamos lecturas que laten.

Plan Provincial de Lecturas

CeDIE
Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Pivani

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACIÓN
NEUQUÉN PROVINCIA
JUNTOS PODEMOS MÁS